1
233758

El morrongo (



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

10 cénts.

1
233758

47/1505165

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

El morrongo de Venus

I

—¿Me das la otra sandalia, *Leda?*

—Ahí la tienes; pero le falta una cinta.

—¿Es que ya me la han roto antes de tiempo?

—¡Claro! ¡Tu morrongo!... ¡Cómo es tan revoltoso!

—Mira, *Leda:* como soy *Venus*, hija de *Júpiter* ¡que mi morrongo va a hacer furor entre los simples mortales!...

—No tanto como un cisne... ¡Monín! ¡Cielín! ¿Quién te quiere a tí?

—*¡Mec! ¡Mec!*

—Eso es todo lo que sabe decir tu cisne... *¡mec! ¡mec!* ¡Por eso me gusta más mi morronguito!

—¡Claro! Tu morrongo sabe decir... y pronuncia muy claro...

—*¡Mio! ¡Mio!* ¡*Miiio*! ¡Es tan precioso!

—Pero ¿de veras no le concederás a ningún mortal?.,.

R. 3224204

—Tan cierto como soy hija de *Dionea*, la ninfa más hermosa que se mece en el ancho mar del Elesponto.

—Y ¿qué entiendes tú por «hermosa»? ¡Bah!

—¡Cuidadito! No le faltes a mi madre; porque tendrás que habértelas con mi morrongo y te expones a salir arañada.

—¡Quiá! ¡Tiene mi *Cisne* muy rico y resistente el pico para dejarse zarandear por un minino, aunque sea tan lindo como el tuyo!

—¡Eso tendría que verse!...

—¡Lo vas a ver!... Me arremango el velo y...

—Y yo no me arremango; parque no lo llevo siquiera; pero...

—¿Pero qué? ¡Diosecilla desgalichá!

—¡Cómo! «Diosecilla»... ¡a mí! a mí que me llaman *Leda*... Yo que llevo un nombre tan...

—¿Tan qué?

—Tan convincente: ya ves, *Le-da*... *Le da* una azotaina a la más pintada esta *diosecilla*... ¡Y esto va a ser antes de que se ponga el sol!...

—*Le da*... usté a quien quiera recibir; pero no a la hijita preferida de Júpiter... *(Júpiter interviniendo).*

—¡Quereis callaros, o qué, recondenadas!... Que no me dejareis ni concluir este juego de rayos que estoy forjando para una tempestad que me han pedido en España...

—¡Rejúpiter!—replica Leda plasmando un ojo.

—Pero ¿a tí, papá, te piden estas cosas todavía?.., Yo creía que el negociado de los rayos se lo habían traspasado al Kaiser.

—Por ahora no! Y no me hables de la guerra ¡he! ¡A mí, nó! ¡Caray! Que regordeta te has puesto, Leda, desde que tienes amores con Plutón... Vaya unos pechos!

—Porque se puede!... Y Plutoncito me trata muy bien.

Sí: ya se que desde que hay guerra entre potencias la verdadera potencia es la suya...

—¿A qué te refieres, papaíto?—interroga Venus, exaltándose.

—¡Nada!... Son cosas queno son para tí...

—¡Pero a Vulcano le gusto yo más! ¡mucho más! ¡Y tal!

—¡Narices!

—¿Cómo, narices?... ¡Carnes de seda digo ya!...

—Como las mías; ¡chanflis!

—¡Presumiendo!

(El cisne, aburrido).—*¡Mec! ¡mec!*

—¡Callad y oid!... En esta casa; es de-

cir en el Olimpo, están para acontecer cosas grandes...—agregó con voz misteriosa el Rey de los rayos y de los truenos.

—¡Pero!... ¡Nos asustas, papá!...

—Acercaos más: así... ¡Ay, Leda!... Apesar de mi cualidad de dios, siento que tus carnes...

—¡Mis blancos muslos, más que las plumas de mi Cisne! ¿eh?

—Tus soberbias posaderas, dignas de ser comparadas una al Sol y otra a Saturno, por lo homogéneas, lo grandes y lo divinamente redondeadas... ¡Ay! ¡qué fino es eso!

—¡Déjame ya!... Que mi cisne gruñe...

(El Cisne, completamente aburrido y a parte. — ¡*Mec*! ¡*Mec*! ¡*Merremec*! ¡Así os dé un tabardillo ahora mismo, *amén*!)

—¡Calla, Cisne, que la metes!

—¡Tanto como eso!—exclama Júpiter, riendo y acariciando con una mano los rotundos lomos de *Leda*, lomos satinados, de dureza marmórea y blancura ideal.

—¡Ay, nene!

—¿Cómo «nene»? ¡Soy el dios del rayo! ¡Mal rayo!

—¡Te parta!... Eso, te parta, como no me dejes tranquila...

—Pero ¿te duele que te magrée un poquitín ahí en los bajos?

—¡Claro! ¡Delante de tu hija! ¡Tú verás!

—¡Bien, bien! A lo que íbamos... Se trata de Thetis...

—¡Hola!... ¡Esa nereida cursi y antipática!...

—¡Eh! ¡Alto ahí!... Tan bien formada y tan rutilante de blancura y tan bien puesta de adornos superiores e inferiores como cualquiera diosa...

—¡Una rival a quien odio! ¡Una nereida!... ¡Hum!

—No hay carraspeo que valga... ¡Para el amor se ha demostrado que es ideal, despiporrante, *desdiosante* o como querais que lo pondere!... ¡A mí, lo confieso! Me gusta y regusta más de una barbaridad y más de dos y haría varias más *iden* con la tal Thetis...

—¡Insidioso!... ¡Mal padre!

—¡Eh! Ojito con faltarle a tu papá, o llamo a las Horas, tus preceptoras para que te den una azotaina en tus nalgas de diosa.

—¡Basta!... Acaba con tu cuento, o esto va hacerse eterno y a mí ya me está picando...

—¿El qué, hijita?

—¡Todo!... La curiosidad, el morrongo y hasta la...

—Y a mí, el *Cisne*... ¡Este sí que me da unos picotazos!...

—Y ¿dónde?

—¡Aquí!... ¿Ves? ¿Ves?... ¡Ay! ¡maldito!... ¡Que me atropellas!... ¿Qué te pasa, Cisnecito mío?... ¿Estás impaciente?

(El Cisne aparte).—¡Mec! Mec! Lo que estoy es que me voy caldeando poquito a poco y... ¡De verano!...

Pronunciar aquel «de verano» el esbelto personaje palmípedo y echarse de cabeza al mar desde la altura donde tenía lugar la anterior plática, fué todo uno.

Júpiter se rió con toda su alma: Leda y Venus quedaron turulatas ante la huída inopinada del fogoso amante de Leda.

II

No me taches de guasón, lector benévolo, al evocar en el anterior diálogo; éste no es más que el producto, el modo de charlar de un reducido número de guasones, todos ellos amigos o propensos a sentirse diosecillos, menores y mayores, a causa de un hábito adquirido por el papá, de estrangis nada más, de la llamada Venus.

Esta y su padre (Jùpiter en el mundo mortal) recréanse en esta manera de alternar entre sí, y no se recatan de tal monomanía ni aún en los sitios públicos.

¿Quién fué el iniciador de tan rara manía?

Apolo—no el papá de las musas—sino, *Apolo* el poeta melenudo, cuya monomanía eran el Parnaso, las musas, los dioses, y el Olimpo, que cantaba y ponderaba en sus odas, en sus madrigales y hasta en sus operetas sicalípticas que ya había estrenado en tres o cuatro teatros de la aristocracia madrileña.

Uno de estos engendros era *La hija de Júpiter;* otro, *Dioses y Ninfas*, otro, finalmente *El morrongo de Venus.*

—¿A qué morrongo te refieres? ¿Acaso la diosa del amor preconizaba algún gato? Todos ignoraban tal particularidad.

Este diálogo lo sostenían en el domicilio de Venus, por otro nombre (el auténtico, para decirlo de una vez) Lilí Tramar, hija de la baronesa de este último título y de un exprincipe polaco, potentado ruso, calavera y mujeriego, que al realizar un delicioso viaje por el Dnieper en un magnífico yate de su propiedad, en compañía de la espléndida baronesa de Melampo (andaluza de pura cepa) la abrazó, la cortejó y al fin

la zarandeó de tal forma que antes de un año, el resultado de aquel viaje paradisíaco y fluvial fué un rubio bebé a quien pusiesieron por nombre sus padrinos Carolina y la madre, que según confesión propia, durante los *apretujones* pensaba en la inmortal diosa de la belleza y del Amor pagano, dió a entender su voluntad de que a su hijita la conocieran y la llamaran todos Venus; a lo que no tuvo inconveniente el príncipe polaco, que era muy complaciente y mucho más olímpico aún que su bella amante la baronesa.

Lilí, pues, era *Venus*, para sus íntimos y éstos, como cortesanos asíduos de la famosa hija de *Júpiter*, llamábanse a sí propios el más fogoso de ellos *Vulcano* (un *tío* que en sus buenos tiempos había negociado en Altos Hornos—ni más ni menos que su homónimo mitológico;—otro se llamaba *Adonis*, la de acá, *Thetis,* (nereida preferida de los dioses) etc., etc.

—¿Y el cisne?—preguntará algún curioso,

—Pues el *Cisne*, no era otro que un chico de la alta goma que tenía el cuello *muy largo*, y como siempre usaba trajes lo más claros posible, y como además iba siempre junto a *Leda* (en el mundo, Clarita Retorta—lindísima muñeca—tan estri-

dentemente sensual como bonita). Aún que él tenía por bueno su titulillo de conde de *Blanquete*, le quedó el sobrenombré de Cisne, y así era como le apelaban la mayoría de sus conterráneos que le trataban.

—En este momento—decía, pues, *Apolo* a *Tántalo*.—Lilí, la adorable Venus se está bañando el morrongo.

—¡Toma! ¡Y ella también se bañará, digo yo!... ¡No aseguran malas lenguas que el minino ese no la abandona nunca y la produce las más libidinosas sensaciones en cuanto le acaricia con uno de sus preciosos dedos de nácar?

—Así es, ¿quieres ver, querido *Tántalo* como se bañan Venus y su morrongo?

—¡Ay!... Sí... ¡Un suplicio muy propio para mí!

—Pues vamos allá. Justamente soy el único que conozco un tragaluz especialmente situado a un metro escaso de altura del cuarto de baño y en no metiendo ruido...

Fueron a instalarse, en efecto, y ¡vieron! La cachondísima escena del baño: sus detalles, risas, nalgadas, miradas y chillidos lúbricos y lubrificantes; cosquillosos temblores de carnes de divina tonalidad y contextura.

—¡Rediosa! ¡Anda la diosa! ¡Si es una

verdadera y magnífica figura escapada de Citerea, propiamente!—comentaban poco después Apolo y su amigo.

—¡Ay que espaldas! ¡Qué amplitud de caderas!

—¡Qué curvatura de muslos!

—Y luego que salientes tan retadores los de su espléndida grupa... Aquí si que me perdía yo, querido Apolo.

—Pues no te pierdas que para no desmentirte... no vas sacar nada, mi buen supliciado.

—¿Te has fijado ahora en el morrongo?

—Le eché el ojo, pero como se reflejaba en él esa irradiante bombilla de cien bujías lo menos.

—Pues es negro y protuberante...

—¡Y de pelito rizadito y suave como hebras de seda de la más cara!...

—¡Ah! ¡Lilí! ¡Lilí! ¡Quién te pillara en un túnel y con tres o cuatro colchones debajo!...

—¡Vaya una idea!... ¡Oh! Mira que cú...

—¿Eh?

—Que cúpula tan desopilante y tan opípara... ¡Vamos a dejarlo, *Apolo*! ¡No puedo más!... Me bajo y sea lo que Dios quiera.

—¡Y yo también!... Me bajo de aquí, y a soñar.., ¡Soñemos, *Tántalo*, soñemos!

III

El *Cisne*, «se arrojó de cabeza al mar», según hemos asegurado antes.

Pues no nos hagas caso, lector: el conde de Blanquete, (a) el *Cisne* donde se dió un chapuzón pero de P. P. y W. fué en el estanque que existía en la quinta que cerca de la Guindalera poseía el príncipe Júpiter, digo, el príncipe Wasili Nevasky.

Tan caldeado estaba el pobre condesito con los contínuos contactos, impresiones, visiones y otros excesos, debidos a la libertad que reinaba entre los encantadores dueños de la espléndida finca y sus relaciones, o sean, *Vulcano* (ya se han dado sus antecedentes industriales) *Marte*, *Apolo*, *Tántalo* y demás cariñosos amigos.

Lilí celebraba aquel día su cumpleaños, diez y ocho primaveras ricas en savia y en encantos rotundos; además, era una nadadora intrepidísima y como resultaban tan amantes de las expansiones acuáticas sus «nereidas» favoritas, muchas de ellas compañeritas de colegio — especialmente su predilecta *Thetis* (Salomé Ortíz) y por si algo faltaba para completar la tentación estábase en plena canícula o sea el día de santa Magdalena—patrona de las pecado-

ras arrepentidas—bastará todo ello a la fácil comprensión del cariñoso lector para percatarse de la grandiosa bacanal acuático-terrestre que se iba a improvisar allí.

El baño en local cerrado de la descacharrante doncella que presenciaron a medias (como hemos visto) Tántalo y Apolo yá rasultó lo más sobreexcitante y olímpico que darse pueda.

Thetis la inseparable amiga de Lilí *(Venus)* y *Leda* habían contribuido a la zambullida que diríamos íntima y que a manera de vermouth administróse la rubia muñeca.

—¿No te tiras al estanque, tú, *Marte*?...

—¿Quién es Marte?

—Ese querido don Dimas, coronel de carabineros, retirado.

—No te oye... ¡Eh! ¡Don Dimas!... ¡*Marte*! oído a la caja que nos llama nuestra reina.

—Marte es algo sordo... No, como una tapia; pero si como un tabique.

—Pero ¿fué a consecuencia de alguna batalla?

—Sí... Eso, poco más o menos. En la *batalla* de flores de Valencia, cuando las últimas ferias. El refiere que una maldita traca, formidable y horrísona, estalló en gran parte a dos o tres metros del coro-



nel... Este que estaba *metido en harina*, con las manos en la masa, o por mejor decir buscándole el *contrabando* lácteo y alimenticio a una rolliza ama de cría, no pudo evitar el estruendo y, ya ves... ¡Una sordera que no se puede lamer, el buen Dimas!

Marte no había contestado más que por señas a los requerimientos de Lilí, puesto que le habían indicado el chapuzón general, o casi colectivo, que se iniciaba entre los concurrentes.

En menos de diez minutos el gran estanque de la finca vióse favorecido con un verdadero enjambre humano, pero los bañistas imprevistos, eran solamente del bello sexo.

—¡Qué lástima!—clamaba desolado el pobre Tántalo.

—¿Por qué no te lanzas tú al agua?

—¡No puede ser! Yo nado poco más o menos como una estátua de las de la plaza de Oriente.

—¡Mira! ¡Mejor, admira las «tres gracias»! esas hijas de Venus, hermanas de Cupido, como justifican su estirpe deífica... Que nalgatorios tan sublimes; que muslos tan enloquecedores... ¡Mira! ¡repara a Venus y a Thetis!

—¡Cómo se apretujan!... ¡Nadan juntas!... ¡Cielos!... Yo creo que danzan una machicha acuática, según los golpes de vientre y de caderas que se propinan, mutuas e isócronas, como dos verdaderas diosas del mar... ¡Oh! ¡Es delicioso!

—Y de un erotismo subido de tono, tanto que yo me subo, me subo...

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Me subo a la parra y me bajaría... me bajaría inmediatamente hasta oscular con mis impuros labios esos encantos ebúrneos, dislocantes, sublimes: esos pechitos gemelos, con la divina incrustación de los brochecitos rojos en la cúspide... Esos vientres movedizos y que al ser acariciados por las olas parecen irles repitiendo con parsimonia no exenta de entusiasmo; —¡Hola, *ola*! ¡*hola*, *ola*! ¡*hola*, *ola*!...

—¿Ves, querido? El sublime instante. Ya saltan a la arena tres o cuatro de las nereidas, dos ondinas morrocotudas y las «tres gracias»... ¡Vaya un grupo sublime!

No pudieron contenerse.., *Apolo*, *Marte*, (¡pícaro sordo!) el *Cisne*, *Vulcano* y dos o tres *tritones* de menor cuantía que no usufructuaban nombre conocido particular en la *Mitología... madrileña*, corrieron al encuentro de las descacharrantes nadadoras...—Un beso o la vida!...—exclamó en nombre de todos Apolo.

Y comenzó una furiosa tanda de apretujones, besuqueos rápidos, fosforescentes, eléctricos; manoseos audaces, pellizcos volcánicos y sublunares, sobre las casi desnudas muchachas.

Estas desprevenidas, sufrían y gozaban; querían y dolían a la vez! Coquetonas, dislocantes; con sus nalgas ebúrneas, sus muslos humedecidos deleitosamente por las linfas del lago y rezumando gloria, más que agua... con sus rostros florecían risas dislocadas y miradas cargadísimas de lubricidad... ¡Un encanto! ¡una maravilla que se escaparía al pincel más hábil, como al buril más genial! Todo acabó en falsas protestas, chillidos imprecisos... única fórmula de cubrir las apariencias, ante la moral, al uso... moral convencional y embustera, como los demás prejuicios sociales...

IV

Venus y su regocijada corte de ambos sexos trasladáronse al amplio salón de espectáculos. Allí tenía que celebarse una imitación reconstruída de los libros paganos que tratan de adoraciones y fiestas de las diosas, de los juegos olímpicos, saturnales, floreales, bacanales, etc., etc.

Al efecto Lili que habíase cubierto con un *peplum*, de tisú de plata, forrado de plumas de cisne y pieles de armiño, pasó al estrado a los acordes de unas melopeas voluptuosas, que brotaban de una misteriosa pianola oculta entre tupidos arbustos y follajes.

—¡El follaje es lo que abunda más aquí!

—Pero no el follaje del que cubre las plantas si no del otro del que produce voluptuosos escalofríos.

—No te entiendo *Apolo*.

—Como se ve que eres sordo, aguerrido *Marte* en conserva.

Acababa de aparecer en todo su esplendor de desnudez completa y pecaminosa la reina de la casa.

—¡Salve, Venus!—pronunciaron todos, admirados, asombrados, ante lo impecable de aquella estátua viva.

—¡Salve, reina de Amor!—insinuaba Thetis.

—¡Salve!—repetía el coro, con voces rituales, algunas de ellas desafinadas.

Luego *Thetis* y las tres *Gracias*, ayudantas de turno, procedían a apoderarse de un muslo unas y otras del otro; muslos amplios, de líneas atrevidas, lujuriantes, que ellas frotaban al principio con suavi-

dad, luego con más fuerza; al fin, recorridos los muslos en su totalidad, los dedos maceradores, procedían a un masaje sabio a la par que animante y gracioso, se multiplicaban; los senos turgidos, el vientre albo con las combinaciones obscuras que son de rigor en su región meridional, la zona tórrida luego, eran objeto de ladinas y morbosísimas exploraciones digitales, que producían en Lilí sendos estremecimientos, generales o locales, pero anunciadoros de dichas infinitas y goces dislocantes.

Los hombres, a los que no era dable contemplar el estupendo espectáculo más que a distancia, estaban que no podían con su alma, tal era la sobreexcitación, casi la *hiperestesia* que les tenía entre dos mundos, o entre el cielo y la tierra.

Y apropósito: ahora había girado sobre sí misma nuestra adorable Venus inmarcesible y las muchachas exploraban *ambos mundos*, con igual ahino, con igual entusiasmo que cuando estaban en las regiones de occidente.

Procedióse luego por las nereidas a llenar de perfumadas esencias el cuerpo todo de la diosa. A las mejillas y al cuello prodigáronla perfumes de mil flores exóticas, como los de Chipre, Paphos y Lesbos. Sus

senos fueron ungidos con esencia de ámbar, sus pezones, tocados con rojo minio, que recordaba el tono de los rosas de Alejandría... Aquellos botones rígidos, dislocantes, semejaban capullitos de rosas, sin abrirse.

Venus se retorcía de gusto, ululaba... gemía; aquello era demasiado. Luego procedióse al minucioso peinado... ¡Qué delicia el contemplar aquel pelo tan lustroso! ¡Tan ondulado! Aquellas guedejas de un rubio casi dorado, con matices de oro viejo.

Terminada la minuciosa *toaleta* (cuyos detalles múltiples no podemos entretenernos en describir aquí), todos los presentes exclamaron de nuevo, con voces algo menos harmónicas que antes y sí más veladas por la emoción.

— ¡Salve, Venus, reina de Belleza, Amor y Voluptuosidad! ¡Salve!

En aquel momento una mano misteriosa, dando a los conmutadores eléctricos, provocó una obscuridad cerrada, completa en el salón.

Aquello era imprevisto, fulminante, desusado; adquiría carácteres caóticos, casi babilónicos. Sólo faltaba el MANE: THECEL: PHARES consabido.

Menudeaban los restregones; entremez-

claríanse muchas piernas, brazos; trabazonaríanse los labios, apelmazaríanse muchas regiones de sexos acaso contrarios. ¡*Chi lo sa*!

Sólo nos cabe formarnos una leve idea de lo ocurrido durante aquellos quince o veinte segundos en que dominároнlo todo las tinieblas más impenetrables, por dos grupos, que como bajo relieves carnales en aquel maremagnum de lujuria y sensualismo.

1.° Leda y el *Cisne* (?) reproducían exactamente a lo vivo (salvo la forma humana que ostentaba el condesito de Blanquete) el célebre cuadro que un pintor ha legado a la posteridad.

2.° *El morrongo de Venus* hallábase totalmente oculto bajo una soberbia manaza que le estaría consagrando primorosas labores.

V

Con el magnífico banquete continuó la espléndida fiesta, que una mano guasona o maliciosa en demasía, interrumpió nada más que los instantes propicios y necesarios para el natuaal desmigue general.

Allí platos exquisitos, primorosamente condimentados: allí vinos de Chipre, de Sicilia, del Indostán; almíbares y ambrosía... primores de pastelería y de repostería dignos de la corte de un rey.

El Champagne se suprimió, como novedad y para dar más carácter de propiedad a la *lupercal* que se estaba celebrando.

En los triclinios, las manos aviesas e inmoderadas de casi todos los comensales movíanse tanto y con tanta rapidez entre las piernas, bustos, espaldas y cuellos de aquel conjunto encantador de bellezas semi-gentílicas que el pecadillo capital era inminente; la tensión de miembros general.

Los besos menudeaban; la espuma de los vinos generosos derramábase pródiga en los regazos tiernos y floridos, en que campeaban vejetaciones exhuberantes y asequibles al asalto inmediato. Todo era bulla, regocijo, risotadas y jolgorio de distintos calibres y calidades.

—¡Vengan! ¡Vengan las danzarinas!

—¡Los crótalos!

—¡Los címbalos!

—¡Los sistros!

Todo lo que se pedía llegó oportunamente. Los crótalos, delicados cascabeles sonoros; los sistros y los címbalos y las arpas pulsadas por habilísimas manos, re-

sonaron, pimpantes, esparciendo por el ambiente nuevas vibraciones y desconocidas auras de fiesta pagana.

Vinieron al estadío, cubierto de rica alfombra siria y rodeado de deslumbrantes tapices pérsicos, en un momento dado seis parejas de muchachitas, regordetas, ágiles, apicaradas de rostros tanto como de gestos. Comenzaron al punto a remover el sublime caderamen: sus muslos, que aparecían y desaparecían a cada instante por las aberturas de sus finísimas clámides, con su satíneo cabrillear al choque de las vivísimas luces, producían constantes escalofríos a todos los ojos. Pobrecita, nuestra pluma—que se ha puesto seria unos instantes—no osaría siquiera intentar reproducir las sensaciones, los espasmos, la impresión de furores amorosos comprimidos, impulsos inaplazables de satisfacer soñados o entrevistos goces... Una orgía, en fin, digna de los dueños de la magnífica quinta donde se celebraba y sobre todo, digna del cumpleaños de la sensualísima *Venus* deciocheña que presidía aquel magno espectáculo.

El baile, iniciado con *entrain* por las seis parejitas de impúberes mencionadas, propagóse como la llama de un incendio, a los comensales en general, salvo raras

excepciones.

En pocos momentos un tango *agarrao* de los más báquicos, pero completamente a la moderna, substituyó a las suaves y lujuríosas danzas de sabor antiguo.

Pidióse el tango del «Morrongo».

—¡Que se destape Venus!

—¡Eso! ¡Que el morrongo respire con más libertad!

—*Madero*... digo *meadero*, ¡no! digo, me adhiero a las pala... pala... bras del preopi, pi... pinante!—dijo a duras penas, mascullando y rezongando *Júpiter*, anfitrión.

—¡Que es tu hija!—saltó Apolo, velando por los prestigios de la familia.

—No me *impuerta*... me importa... ¿No veía desnudo a su hijo Nerón la impúdica Agripina? Pues yo que no soy tan impú... pú, púdico... también puedo ver a ese pimpollo... ¡Já, já, já!

Corearon a la carcajada paternal todos los *cómitres*, los *kirites* y demás elementos paganos. Las nereidas, como dando el ejemplo, echando sus velos por alto y enarcando las piernas, ya descubrían ignorados y bellos horizontes que sometían a la cariciosa admiración *radio activa* (digámoslo así). Las tres Gracias, Thetis, las Horas: el elemento femenino, casi sin excepción

la que más y la que menos contribuían a la lubricidad ambiente, mostrando panoramas carnosos, anfractuosidades atrevidas o *vejetarianas* y viceversa. Todas querían patentizar el desarrollo de sus partes alícuotas correspondientes y el excelente estado de sus elementos amorosos para la lucha final.

Esta no se hizo esperar.

Previa, una nueva disminución en los aparatos lumínicos, repitiéronse poco más o menos las escenas, acoplamientos y yuxtaposiciones harmónicas y ditirámbicas que ellos y ellas deseaban con ahinco.

Pero aquella vez lo único que fué respetado, lo único que salió incólume de la fiesta, sin desprestigio para su integridad fué EL MORRONGO DE VENUS.

FIN

MADRID

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos. Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer. — Amor en globo. — Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas. — Amores crueles. Trapisondas de mujeres. —Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. - Sangre ardiente. Enredillos de hembras. - Palomitas tiernas.—El beso del camino. — Un maridazo. -- Las hijas de Venus.--Centro Galante.—Delicias del amor.--La mujer ajena.--La Sabrosa.--Secretillos de alcoba. - La Isla del amor.- Un matrimonio modelo. - La Virgencita. Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes--Canalladas de Cupido.--Travesuras de un conejo.--Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos. Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas. - Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil. Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física. - Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles. Memorias de un lunar.— La saeta de Cupido. — ¡Viva la faldamenta! — Ajetreos amorosos. — Lamentos de un somier. — Un Canuto libertino.- Las NALGAS marinas.-A punto de caramelo.—¡Vaya cardo!—Los tres besos y medio.—El morrongo de Venus.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

La última palabra del despiporren — 10 tomitos

Riquísima presentación — Cada tomito 20 Cts.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires